

El escenario del presente

The setting of the present

MANUEL CRUZ

Universidad de Barcelona

RESUMEN. La desaparición de la idea de progreso en el pensamiento postilustrado constituye uno de los convencimientos centrales del entramado de tópicos que forman el imaginario social contemporáneo. Pero dicho convencimiento, en cierto modo presente desde los orígenes de la propia tradición ilustrada, da lugar a efectos discursivos de considerable importancia, a una particular modalidad de efectos perversos en materia de pensamiento, no siempre suficientemente aquilatados al certificar dicha desaparición.

Palabras clave: progreso, Ilustración, razón, posmodernidad, tradición.

ABSTRACT. The disappearance of the idea of progress in post-Enlightenment thought constitutes one of the central tenets of the network of topics that make up contemporary social imagery. However, that tenet, which in a sense has been present from the origins of the Enlightenment tradition, produces discursive effects of significant relevance, a particular kind of perverse effects related to thought, not always legitimized enough to certify that disappearance.

Key words: progress, Enlightenment, reason, postmodernity, tradition.

I. Por la senda de los lugares comunes

La crítica a la Ilustración es algo que acompaña, desde sus orígenes, al proyecto ilustrado mismo. La más elemental reconstrucción histórica de dicho proyecto se ve obligada a constatar el contrapunto permanente, la sombra crítica, que prácticamente acompaña a todas las formulaciones que se reclaman de la formidable empresa de las Luces. Nada tiene de extraña la cosa, a poco que se examine con atención. Si dejamos de lado una pocas formulaciones, manifiestamente desafortunadas (tipo «diosa Razón», por poner el caso más flagrante), lo que se pretende erigir a partir de un determinado momento es una construcción que ponga a salvo a los hombres precisamente de los males que le han aquejado a lo largo de la historia, y que le han mantenido en lo que Kant llamaba una culpable minoría de edad. Se trataba, como tantas veces se ha dicho, de que la humanidad asumiera las riendas de su propio destino, cosa solo posible en un mundo en el que las relaciones entre las personas no vinieran determinadas por la riqueza o el dominio, ni el conocimiento nublado por la superstición.

Pero también sabemos que el infierno está empedrado de buenas intenciones y que la disposición atenta, el espíritu más severamente cuestionador, no nos garantiza quedar a salvo de errores, incluso dramáticos. Es cierto que el siglo XIX impugnó desde diversas perspectivas (bastaría con recordar el enorme vigor de la propuesta romántica, por no mencionar la figura de Nietzsche) el modelo categorial, el entramado teórico, en el que se sustentaba el sueño ilustrado, pero no es menos cierto que el estallido más demoledor es el que se produce en el siglo XX. Esto es, en el momento en el que se generaliza la percepción de que las aplicaciones de tan esperanzadora propuesta, lejos de alumbrar espacios de emancipación intelectual y material, iluminan ámbitos de horror, genuinas patologías (capaces de reivindicarse de horizontes diversos —incluso enfrentados—, pero que no por ello pierden su condición patológica: los lugares emblemáticos del espanto a este respecto son Auschwitz y el Gulag) que obligan a volver la mirada sobre los orígenes, sobre el momento fundacional, buscando en el diseño originario mismo la fuente de los males del presente.

Si nos resistiéramos a abandonar la senda de los lugares comunes, continuaríamos ahora atribuyéndole a la llamada posmodernidad el mérito de haber emprendido la reconsideración radical de la herencia ilustrada. Pero lo cierto es que, sin regatear el valor de las impugnaciones posmodernas, el mérito propiamente dicho de la mencionada reconsideración radical les corresponde mucho más a Adorno y a Horkheimer que a Lyotard y otros compañeros de viaje. En *Dialéctica de la Ilustración*¹ podemos encontrar —a mi juicio sin la menor duda— los argumentos más contundentes contra la idea de razón subyacente a las diversas formulaciones del proyecto ilustrado, argumentos² de los que parece beber incluso la mejor posmodernidad.

II. *Qué hay de nuevo en lo que ahora hay*

Ahora bien, de permanecer en este orden de consideraciones quedaría sin explicar la especificidad de nuestro presente, el hecho de que se haya generalizado no sólo la crítica a aquel modelo ideal que inspiró la forma del mundo moderno, sino, sobre todo, la conciencia de estar más allá de aquel modelo. Sin duda que esta observación es, en sí misma, discutible. La discuten, por ejemplo, quienes niegan valor teórico sustantivo (y como le reconocen una

¹ Theodor W. Adorno, Theodor W. y Max Horkheimer. *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Introducción y traducción de Juan José Sánchez. Ed. Trotta, Madrid, 1994.

² Como el de que la razón ilustrada, en lugar de intentar comprender, adaptándose a él, el mundo de la naturaleza, se empeñó en dominarlo, reproduciendo así la ley natural del más fuerte, adoptando hacia los objetos «la misma actitud que el dictador adopta hacia los hombres», *ibidem*, p. 64.

cierta eficacia publicística) a la categoría de *postmodernidad* y afirman que, en su lugar, resultaría más propio hablar de *tardomodernidad*, de *baja modernidad*, de *modernidad reflexiva*, u otras expresiones que intentan subrayar el hecho de que todavía permanecemos, si bien con las modulaciones pertinentes, en aquel marco conceptual, en aquel universo imaginario configurado hace más de dos siglos.

Pero el rechazo de las dimensiones más superficiales —o incluso, ¿por qué no decirlo?, más banales— de ciertas formulaciones postmodernas no debiera distraernos de lo esencial. Y es que, mucho antes de que el cuestionamiento de lo moderno se convirtiera en moda, habíamos recibido severas advertencias a este respecto. Arendt, por señalar a una autora poco sospechosa de veleidades posmodernas, ya nos había advertido de que el hilo de la tradición estaba definitivamente roto. Probablemente buena parte de los malentendidos se derivan del empeño, no explicitado (a veces por no reconocido), por mantener una imagen homogénea y lineal del tiempo, lo cual, aplicado a la esfera de las representaciones vendría a equivaler al principio según el cual, colocados frente a cualquier situación, deberíamos ser capaces de determinar a qué momento histórico pertenece. O, si tal empresa excede con mucho nuestras limitadas fuerzas, al menos a qué tiempo pertenecemos nosotros.

Pero han sido ya unos cuantos los pensadores que han señalado la falta de fundamento de una tal expectativa. Además del ilustre filósofo de la historia Reinhart Koselleck³, también el propio Derrida lo tiene declarado: «no pertenecemos a un tiempo», afirmación que desarrolla de una forma extremadamente importante para lo que pretendemos señalar aquí: «La afirmación según la cual soy a la vez arcaico, moderno y postmoderno es una manera de decir que [...] tenemos muchas edades y podemos vivir en una anacronía que no es necesariamente negativa. Hay que ser en cierta forma anacrónico para pensar lo contemporáneo»⁴. La cosa, en realidad, va más allá de la *mera* constatación de que todos somos, como poco, unos modernos-posmodernos, sino que debiera incluir también una reflexión acerca del hecho de que, con independencia de la percepción que tengan los individuos acerca de sí mismos, de las opiniones que puedan mantener, y de la conciencia crítico-reflexiva que desarrollen acerca de ellas, vivimos en una época *empapada de postmodernidad*, esto es, regida por una lógica, gobernada en buena medida por unos parámetros reticentes con la herencia ilustrada.

³ En su ya clásico *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós, 1993.

⁴ Jacques Derrida, «Otra libertad» (entrevista de 1997), en *No escribo sin luz artificial*, Valladolid, Cuatro, 1999, p. 106.

III. *Dos caras de una misma moneda*

Si de entre todos ellos hubiera que señalar aquellos con los que se suele identificar la reticencia hacia la Ilustración, quizá dos merecerían ser destacados. El primero sería de carácter teórico-fundamental, y acostumbra a quedar subsumido bajo el rubro *crisis de la razón* (lo que, algo más en concreto, tiende a significar desconfianza o recelo hacia una razón de dominio). El segundo sería de carácter más bien práctico y se asocia a dos *ismos*, escepticismo y relativismo, presentes en el debate contemporáneo, y cuyo filo polémico se hace particularmente visible en el momento en el que se aborda la cuestión de la vigencia de las propuestas emancipadoras en el mundo actual. Ambos rasgos, además de corresponderse *en negativo* con los que en el primer párrafo definían el proyecto ilustrado, mantienen una profunda relación entre sí, hasta el punto de que, sin la menor violencia teórica, pueden ser considerados caras de la misma moneda.

A esa moneda podemos denominarla ser humano, sujeto racional o como se nos antoje, pero, bajo cualquier de los posibles rótulos, constituía la clave de bóveda que mantenía en pie el ambicioso edificio ilustrado y cuya impugnación, por tanto, deja amenazada a la totalidad del proyecto. Porque la confianza en el progreso, tan característica de la Ilustración, resultaba indisociable de la racionalidad atribuida a todo hombre (y, por tanto, de su capacidad para discernir libremente acerca lo mejor) y de la plasticidad del mundo, de la sociedad, en la que debían materializarse esas buenas elecciones.

¿Qué ha hecho saltar por los aires tales convencimientos, generando, de forma inevitable, el ocaso de la idea de progreso? Factores que han afectado, *desde dentro y desde fuera*, a la solidez del edificio moderno. *Desde fuera* significa que el mundo parece haber perdido la plasticidad que en los momentos de mayor optimismo se le atribuyó antaño, ha dejado de ser el escenario dócil en el que materializar nuestros sueños, para revelarse como un espacio autónomo, independiente, sometido a sus propias reglas (recordemos las críticas estructuralistas al discurso humanista) y, cuando no, a su propio desorden (pensemos en la creciente importancia de la idea de incertidumbre o en la disputada cuestión de los efectos perversos). *Desde dentro*, por su parte, alude a todas esas formas de pensar la acción humana que, sin negar el protagonismo del propio agente (como sí hacían en buena medida algunos pensadores del estructuralismo, transformando al sujeto en mero efecto o correa de transmisión de estructuras subyacentes de diverso tipo), destacan aspectos de su naturaleza que dejan muy en entredicho tanto su real autonomía a la hora de tomar decisiones (asunto tematizado bajo el genérico rótulo de *autoengaño*) como su fortaleza para —incluso en los casos en los que acierta— perseguir de manera consecuente lo decidido (cuestión que Davidson, re-

cuperando un tema aristotélico, ha planteado en términos de *akrasía* o debilidad de la voluntad ⁵). En semejantes condiciones, ¿cómo tenerle fe al futuro?

⁵ Vid. Donald Davidson «¿Cómo es posible la debilidad de la voluntad?», incluido en *Ensayos sobre acciones y sucesos*, Barcelona/México, Crítica/Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, 1995, pp. 37-62, aunque, a los efectos de lo que se ha planteado aquí, resulte de mayor interés el de Jon Elster, *Ulises y las sirenas. Estudios sobre racionalidad e irracionalidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.